

831

H.

PT2318

58

I 5

1878



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ENRIQUE HEINE

ESTUDIO BIOGRÁFICO

En la primera mitad de este siglo á prueba de emociones y de contrastes; en la historia literaria de ese gran pueblo considerado como cerebro de Europa, resplandece un génio audaz que representa, no á ese pueblo, no una gran causa, sino los males de ese período turbulento en las esferas de la inteligencia; un espíritu admirable como funesto, un poeta volteriano cuya musa es la ironía, un poderoso iniciador de la idea moderna en Alemania, cuyo estudio fuese importante, al ménos, cuando no en absoluto, como episodio del pensamiento público europeo.

La nueva Alemania disimulaba en vano su impaciencia por dar un paso del dominio de la abstracción al de la vida real. Un principio nuevo se rebelaba contra la serena y majestuosa calma de

los maestros; una trasformacion extraña amenazaba con ímpetu á los antiguos templos de la filosofía y del arte; el choque de las aspiraciones más encontradas, la confusion más extrema, las profeixtas más terminantes, las vacilaciones más singulares, la inquietud, la duda, el desconcierto, el desasosiego; tales eran los caractéres de la generacion sucesora de Hégel y de Göethe; tales los compendiosos rasgos de aquel período interesante, si falto de armonía, por el movimiento y por los esfuerzos de esa vida aventurera.

Enrique Heine reasume este período y sorprende sus secretos. Pensador libérrimo, caprichoso humorista, imaginacion traviesa y novellesca, parecia dispuesto á sacar partido de aquella situacion anómala. Era «un rui señor alemán que fabricó su nido en la peluca de Voltaire,» segun su propia frase, ó bien (lo que es curioso en su boca) «quien ha articulado la cancion postrera en los libres y primaverales bosques del romanticismo.»

La escuela de los Novalis y los Brentano, llamada á la sazón romántica, pugnaba por despertar el sentimiento de la Edad Media y oponer á la poesia erudita la inspiracion popular; no obstante, ora incurriendo en estrechas sutilezas, ora imitando sin arte cuanto de brusco encerraba aquella literatura, erraron por lo comun la sen-

da de esta reforma emprendida con tan loable perseverancia. Era necesario para tamaña empresa, en el sentir de Heine, un nuevo procedimiento que reuniese claridad intensa, desempeño plástico, por decirlo así, contornos fijos y pronunciados, á la vaguedad de las imágenes del romanticismo. Era necesario, segun sus mismas palabras, que la musa de Alemania volviera á ser la jóven alemana, libre, comunicativa, pura y sin afeites, «ni monja descaecida, ni castellana del feudalismo antiguo orgullosa de sus mayores.» Enrique Heine queria que la emocion hablase por sí sola, que se evitara todo estilo metódico ó solemne, que el sentimiento brotase espontáneamente del corazon como el manantial de la roca.

Dulce y tierno como Novalis, profundo como Klopstok, ligero como Wieland, sensible como Schiller, maestro como Göethe, temerario como él solo, apártase en efecto de la escuela histórica y de la tradicion germana, y del sonambulismo romántico, y de las preocupaciones de la literatura sábia. Por su temperamento, por su ideal, es casi griego; pero sus inspiraciones quieren ser populares. La armonía, condicion suprema del arte y de la vida, le es agena de tal modo, que sólo pudiera coordinarlas una pasion, mas sin freno, y una ironía constante, quizás venganza de un entusiasmo estrellado contra la realidad,

acaso el tránsito de un espiritualismo ciego á los desórdenes del pensamiento. «Después de Byron y de Goethe, escribe un publicista francés á propósito de Enrique Heine, carecen las literaturas extranjeras de un poeta que oponerle, y Alemania, que lo maldice admirándole, ha experimentado su influjo todavía más de lo que se piensa (1).»

Heine ha derribado, es cierto, la escuela histórica, así como aquel sentimentalismo afectado de los poetas de la Suabia, reivindicando los fueros de la verdadera poesía y dando culto á la forma con devoción casi helénica; más por su misma universalidad, por su indomable genio, ni ha creado un sistema, ni abierto nuevo campo á la imaginación: bástale haber proscrito el aparato lírico desplegado por los maestros, volviendo el rostro á la belleza antigua, acusando la corrupción y exhibiendo su propia fisonomía, nunca estéril para la crítica, ante la cual jamás carece de importancia ningún poeta ó pensador del mundo capaces de revelar un tipo original, un temperamento nuevo.

El 15 de Enero de 1835 escribió Enrique Heine á M. Philarete Chasles una carta que suministra

(1) Saint-René Taillandier, *Ecrivains et poètes modernes*. Prólogo.

los principales datos de su biografía, datos sobrios, concisos, pero que encierran el mérito de la autenticidad más completa. Esta carta fué publicada en la *Revista de París* en Marzo del mismo año, y posteriormente, en 1867, en la colección de todos sus escritos.

«Nací, escribe, el año de 1800 en Dusseldorf, ciudad sobre el Rhin, ocupada por los franceses desde 1806 hasta 1814; de modo que he respirado en mi niñez aire de Francia (1). Recibí mi primera educación en el convento de franciscanos de Dusseldorf; más tarde entré en el Gimnasio (2) de esta ciudad, que se llamó entonces Liceo. Allí cursé todas las clases de Humanidades, distinguiéndome en la superior, donde enseñaban filosofía el rector Schallmayer, poetas clásicos Kramer, matemáticas Brewer, el abate Daulnoie retórica y poética francesas. Estos viven todavía, excepto el primero, sacerdote católico que me miró con mucho interés, sin duda por ser hermano de mi madre el consejero áulico de Geldern, famoso médico á quien debió la vida. Era mi difunto padre un rico negociante: mi madre, señora distinguida, vive todavía, retirada del mundo.»

(1) En otra época escribe el mismo Heine que, según su partida de bautismo, nació el 12 de Diciembre de 1799; pero sin duda prefiere la otra fecha cuando dice: «Nací en 1800; soy uno de los primeros hombres de este siglo.»

(2) En Alemania se aplica esta palabra á los establecimientos de educación científica de orden secundario é intermedio entre la escuela elemental y la Universidad ó Academia.

Después de hablar del resto de su familia (1), prosigue de este modo:

«Interrumpidos mis estudios por caprichos novelescos, por ensayos de establecimiento, por el amor y otras enfermedades, continuaron el año 1819 en Bonn, Göttingue y Berlin, donde he vivido en la intimidad de los hombres más distinguidos en las ciencias y donde he sufrido todo género de padecimientos, entre otros, el de un sablazo en los riñones que me administró un tal Scheller, de Dantzic, cuyo nombre no olvidaré, porque es el único que ha

(1) En esta carta se limita á citar el nombre de su tío Salomon Heine, filántropo alemán, cuyo recuerdo encierra toda la gloria con que la sociedad venera á los aristócratas del capital que consagraron su vida á las buenas obras. Este rico judío, que dejó á su muerte 41 millones de francos, no obstante haberse establecido en Hamburgo sin riqueza alguna, contribuyó en gran parte á mantener el crédito de la ciudad después del incendio en 1842, instituyó un establecimiento que prestaba sin interés dinero á los trabajadores, cualquiera que fuese su religión, y prestó eminentes servicios, á pesar de los cuales nunca tuvo derecho de ciudadanía en Hamburgo, ni la Corporación del Comercio quiso admitirle en su seno como miembro por su condición de judío. Tan ingrata fué la conducta de su país con un hombre que legó á su muerte crecidas sumas para la reconstrucción de dos templos, para las casas de beneficencia, para la asociación encargada de enseñar oficios á los hijos de israelitas necesitados y para los pobres de cualquier confesión cristiana. Perdónese esta nota minuciosa, por cuanto en ella se muestra á dónde llega ó llegaba la preocupación religiosa en Alemania en la época de Enrique Heine: rasgo que explicaría algún tanto la irritación del poeta volteriano contra todo linaje de intransigencias é hipocresías.

sabido herirme del modo más sensible.—He estudiado por espacio de siete años en las Universidades que cito, y en Göttingue, á donde volví, tomé el grado de doctor en derecho después de un examen privado y de una tesis pública, en que el célebre Hugo, á la sazón decano de la facultad de Jurisprudencia, no me perdonó la más pequeña formalidad escolástica. Aunque esta circunstancia os parezca fútil, le ruego la tome en cuenta; porque en un libro que acaban de publicar en contra mía se sostiene que he comprado mi diploma. Esta es la única mentira que quisiera ver desmentida entre todas las que circulan impresas respecto á mi vida privada. ¡Hé aquí el orgullo del sábio! Que digan que soy bastardo, hijo del verdugo, salteador de caminos, ateo, poetaastro: de todo eso me río; pero me desgarran el corazón que me disputen mi dignidad de doctor (y aquí entre nosotros, aunque doctor en Derecho, de cualquier cosa sé más que de jurisprudencia).»

Hablando de sus primeros pasos en la árdua senda literaria, en que tantos laureles conquistó más tarde, escribe á continuación como sigue:

«He compuesto versos desde la edad de diez y seis años (1). Mis primeras poesías vieron la luz en Berlin en 1821. Dos años después aparecieron nuevas poesías con dos tragedias, una de las cuales fué ejecutada y silbada en Brunswick, capital del ducado del mismo nombre. En 1825 apareció el primer tomo de los *Reisebilder* (2); los otros tres tomos se publicaron

(1) Entonces fué cuando escribió *Los dos Granaderos*.

(2) Cuadros de viaje.

pocos años despues en casa de Hoffmann y Campe, mis editores de siempre. Desde 1826 hasta 1831 he vivido alternativamente en Lunemburgo, en Hamburgo y en Munich, donde redacté los *Anales políticos* con mi amigo Lindner, y durante los intervalos viajaba por el extranjero. Siempre, desde la edad de doce años, he pasado el otoño á orillas del mar del Norte. Adoro al mar como á una querida y he cantado sus caprichos: estas poesías se contienen en la edicion alemana de los *Reisebilder...*»

En 28 de Junio de 1825 abjuró del judaismo en Heiligenstadt, haciéndose luterano. Los antepasados de Enrique Heine fueron judíos, cuya ascendencia le era poco lisonjera; pero no obstante echarle en rostro sus enemigos la opinion de ateo, declara en sus escritos que pertenece á la confesion evangélica, aunque sin mucho engreimiento. «Más bien, escribe en su peculiar estilo, me humillaba el pasar por una criatura simplemente humana, cuando el filósofo Hegel me habia hecho creer que era Dios.» En otra carta explica de este modo su propension luterana: «Esta tendencia, es cierto, ha podido arrastrarme á veces demasiado léjos, porque el protestantismo no era para mí tan sólo una religion liberal: era tambien el punto de partida de la revolucion de Alemania, y á la confesion de Lutero pertenecia por acta de bautismo como por un entusiasmo batallador que me llevó á tomar parte en las lu-

chas de esa Iglesia militante.» Con esto y con sus simpatías panteísticas, fórmasé idea bastante de sus creencias.

La filosofía de Hegel, combinada con la de Spinoza, le engendró, aunque parezca opuesto y contradictorio, una indiferencia universal que le hacia jugar con todos los sistemas, al propio tiempo que una audacia revolucionaria allende el límite de lo justo. Propasado por ese ardor tribunicio, por esa fiebre que no se calma sino aspirando el humo de las ruinas, ya miraba al Cristianismo como «el período mórbido del género humano,» ya le llamaba «la triste religion del Miércoles de Ceniza que marchita las flores y puebla el mundo de espectros,» ya predicaba la rehabilitacion de la carne, tratando de oponer á la cristiana «la religion de la primavera y de la alegría,» ya, en fin, tocaba las márgenes del sansimonismo, por más que rechazara semejante aserto, de un modo censurable en nombre de la moral y del buen criterio (1). Pero hablemos del poeta.

(1) A pesar de todas las calumnias, véase desmentido el falso testimonio de ateo con las siguientes palabras del mismo Heine: «Bástame ver á algunos discutiendo sobre la existencia de Dios, para sentir en mi adentro una inquietud tan rara, una opresion tan extraña, como la que una vez me produjo en Londres, visitando á New-Beclam, el verme abandonado por mi acompañante en medio de multitud de locos. Dudar de Dios es dudar de la misma vida.»

«No he fumado nunca, prosigue aquella carta, ni me gusta la cerveza: en Francia es en donde he comido la primera *choucroute* (1). En literatura todo lo he probado: he hecho composiciones líricas, épicas y dramáticas; he escrito sobre artes, sobre filosofía, sobre teología, sobre política... ¡Dios me lo perdone! Doce años há que me discuten en Alemania, donde me alaban y me escarnecen, pero siempre con pasión y sin descanso: allí me estiman, me aborrecen, me deifican y me injurian. Hace ya unos cuatro años que no oigo un ruiseñor alemán.»

Tales son los principales párrafos de la carta de Enrique Heine publicada en la edición francesa de sus obras bajo el título de *Bosquejo autobiográfico*. Para llenar los espacios limitados por tan someros contornos; para inquirir la altiva fisonomía de este célebre innovador de las letras alemanas, hay que acudir á la fuente de sus escritos y al testimonio de publicistas contemporáneos, huyendo siempre con especial cautela del dictámen de sus contrarios, que lo eran muchos y no con leve acrimonia, tratándose de un poeta privilegiado que de todo, hasta de sí mismo, hacia constante blanco de su sátira aristofánica (2).

(1) Berza ácida, preparacion del repollo, muy usada en el Norte.

(2) Un escritor que á vuelta de un tirotoe no bien disimulado quiere tener sus puntas de imparcial, reasume de este modo: «Escritor y poeta de primer orden, Enrique Heine habia sido

Enrique Heine descubre un carácter ingénuo, caprichoso, chispeante, alegre y melancólico al propio tiempo, al propio tiempo burlon y casi inofensivo. Cuando en su niñez leía las aventuras de Don Quijote, esa caricatura sublime de la nobleza humana, lloraba de cólera con frecuencia al ver tan mal pagado el heroísmo del valiente hidalgo. En el convento de franciscanos de Dusseldorf, donde sus primeros años trascurrieron, contemplaba con piedad un Cristo grande de madera, cuyas dolorosas miradas penetraban hasta su alma y cuyo recuerdo no puede ménos de palpitár en su corazón más tarde, cuando ataca lo más santo y venerable en nombre de la filosofía de Hégel.

Es la sátira su pié forzado, su conclusion extrema: si, como dijo alguno con donaire, se vuelve sério, grave, sentimental, profundo durante algunas estrofas, pronto se burla él mismo de su emocion, pronto se enjuga el llanto con su manga de gracioso ornada de colores y excita á la jovialidad sonando sus cascabeles.

No es tampoco su ironía dardo emponzoñado: es una ironía que esconde bajo sus golpes un resto de ternura y conmiseracion. Las impresio-

llamado por algunos el Voltaire de Alemania: tuvo muchos admiradores, mas pocos ó ningun amigo."

nes de su niñez no mueren con el trascurso del tiempo. Al través de su cólera, en medio de su amor á Francia, no obstante sus ataques á los «fariseos de la nacionalidad alemana,» como llama á los patriotas llevado de su exaltacion, recuerda constantemente «los treinta y seis estados de su querida pátria,» orgulloso de haber nacido á orillas del Rhin, «á orillas de ese hermoso rio donde brota la locura sobre verdes montes.» El hijo de Dusseldorf blasona de un patriotismo *sui generis*: «Por este amor á mi pátria, escribe en cierto lugar, he vivido tantos años en el destierro; por este amor á mi pátria viviré en él acaso el resto de mis dias, sin lloriqueos ni contorsiones de mártir (1).»

Enrique Heine ama á Francia con entusiasmo, pero con entusiasmo político ó de raza. Los ejércitos franceses que ocupaban el país durante su tierna edad, eran á su juicio los misioneros de los principios del 89. En 1815 cae Napoleon I, el héroe casi legendario de Enrique Heine, derrotado en las inmediaciones de Waterloo; Europa coaligada triunfa de los franceses; Alemania rompe en aplausos; empero nuestro poeta, que apenas contaba diez y seis años, escribe *Los Granaderos*, en cuyos sentidos versos dibuja la apo-

(1) Prólogo de su obra *Germania*, escrito en 1844.

teosis del Emperador (1). No se le oculta más tarde al autor de ese cuento de invierno intitulado *Germania* la imputacion de blasfemo de la bandera alemana con que habrian de herirle los buenos patriotas, á los que en un trasporte de platonismo revolucionario dirige estas palabras: «Honraré vuestra bandera cuando lo merezca y deje de ser juguete de locos y trapaceros. Plantadla sobre la cumbre del pensamiento aleman, haced que sea el estandarte de la humanidad libre, y derramaré por ella hasta la última gota de mi sangre (2).»

Hé aquí la clave de su poco amor al país: la li-

(1) El argumento ó la idea de esta breve composicion tiene mucha poesía: dos granaderos que de Rusia vuelven, saben la triste nueva. Derrotado el ejército, prisionero el Emperador, uno de aquellos quiere continuar su marcha hácia el hogar donde le esperan mujer é hijos; el otro siente abrirse sus heridas, y le encarga que si se muere lleve á Francia su cadáver, coloque la cruz de honor en su pecho, el sable al lado, el fusil en la mano: «De este modo, le dice, esperaré en la fosa de centinela hasta oír el estruendo de los cañones y el relincho de los caballos. Entónces, cuando pase por mi tumba el Emperador, me incorporaré con mis armas en defensa del Emperador, del Emperador, del Emperador!»

(2) Poco más adelante explica de este modo su amor á Francia: «Estimo á los franceses como á todos los hombres que sean buenos y razonables y porque no soy tan necio ni tan malvado como para desear que los alemanes y los franceses, esos dos pueblos predilectos de la civilizacion, se rompan la cabeza á beneficio de Rusia y de Inglaterra...»

bertad política, ese medio de obtener el bienestar comun y el progreso, truécase de este modo en el fin supremo de la humanidad. Enemigo de su pátria porque no realiza la libertad con que sueña, luterano porque mira el protestantismo como el punto de partida de la revolucion, pretende subordinarlo todo á un ideal secundario contra los sentimientos innatos de ese género humano á cuya redencion aspira. El nombre de Enrique Heine, figura tristemente en la historia del fanatismo político, á la que tanta abundancia prestan sucesos posteriores (1).

Sus obras, pues, no pudieron ménos de irritar á los alemanes; la sátira del poeta desconcertaba los corazones tudescos y heria cruelmente al teutonismo. Persecuciones oficiales, denuncias, todo género de contratiempos amargaron su existen-

(1) Despues de los últimos sucesos, no deja de ser curioso conocer la opinion de este poeta, que murió en 1856, respecto á la Lorena y la Alsacia. Enrique Heine creia muy difícil la incorporacion de estos países á la Confederacion Alemana por su adhesion á Francia, resultado de los derechos civiles que obtuvieron de la Revolucion francesa y de otras varias franquicias. «Los loreneses y los alsacianos, escribia en 1844, se unirán á Alemania cuando terminemos lo comenzado por Francia, la gran obra de la Revolucion, la democracia universal!... Entónces no solamente la Alsacia y la Lorena, sino la Francia entera, la Europa y el mundo entero serán nuestros!» El cañon Krupp no ha respetado el parecer de Heine.

cia: «He salido vencedor, decia, de la crisis más terrible que han atravesado los literatos de Alemania. La generacion actual tiene más suerte, y vosotros, escritores franceses, no sabeis apreciar bastante vuestra fortuna.» Más ó ménos transigente hasta 1830, la revolucion de Julio le despierta, lo embriaga, le da á conocer de nuevo «lo que quiere, lo que puede y lo que debe:» publicó cierto libelo en Hamburgo y emigró á París en Mayo del 31.

Hora es ya de reseñar las obras y concretar los datos más importantes de la vida del escritor prusiano. De acuerdo con sus apuntes, comenzó á estudiar jurisprudencia el año 1819 en la universidad de Bonn, pasó más tarde á Göttingue y de Göttingue á Berlin, en donde, teniendo á Hégel por maestro, se dedicó á la ciencia filosófica. Grande amistad contrajo con sábios y con artistas, como el filósofo Bopp, el jurisconsulto Gans, Chamisso y Grabbe, escritores, y otros muchos. Entónces, en 1821, publicó el primer tomo de sus poesías, que intituló *Junge Leiden* (juveniles tormentos ó dolores), cuya tibia acogida le dió tal pesadumbre, que volvió á Göttingue á continuar su interrumpido estudio del Derecho.

Nuevo tropiezo esperaba al inexperto ingenio con motivo de sus ensayos dramáticos, en los que, fuese ó no merecido el contratiempo de *Almanzor* y de *Ratcliff*, se encuentra una

prueba más de su talento lírico. El teatro alemán atravesaba entonces por un período de confusión moral y de imitación shaksperiana: esa boga alcanzada por los dramas fatalistas de Werner, de Innermann, de Houwald, de Mullner y de otros varios, tan zaheridos por el conde Platen, demuestran lo bastante el desorden, apocamiento y falta de espontaneidad de los contemporáneos de Heine. Era éste profundo admirador de Carlos Innermann, en quien hallaba superiores dotes de dramaturgo; pero no le era dado el sentimiento vasto, ameno, y por decirlo así, universal, que penetraba en las creaciones de su modelo: «La monotonía es el gran defecto de mis obras, confesaba Heine; mis dramas y mis poemas no son más que variaciones de un mismo asunto.»

Almanzor, tragedia cuya acción pasa en España en el siglo xv, después de la conquista de Granada, tiene más de novela que de drama, y adolece de falsas imitaciones del maestro inglés. Calificala el poeta de una breve tragedia, cuya idea fundamental es una transformación del *fatum* ordinario, de un poeta dramático que encierra polémicas religiosas, de una serie de poesías humorísticas en popular estilo y de otras cosas parecidas; mas no sólo es obra impropia de la escena, sino que ataca la idea cristiana y aun establece el absurdo de que el amor profano es

superior á todas las religiones. Al público del teatro nacional de Brunswick tocó el silbarla en Agosto de 1824, sin que volviera á las tablas; y aunque á tanto contribuyera, según testimonio amigo, haberse equivocado un oficial de la guarnición, creyendo fuese autor de la tragedia cierto usurero odioso de apellido igual, y capitaneado la protesta que impidió se oyera con su estrépito, ningún otro coliseo trató de hacer en adelante experimento nuevo.

William Ratcliff, cuya acción pasa en Escocia y en nuestros días, y cuyo protagonista es un jefe de bandidos, no fué representada acaso por temor de análogo desastre; y ¡cosa extraña! el popular poeta, el maestro de la forma lírica, el génio hoy coronado por aclamación del mundo literario, miraba con tanto amor estos ensayos, que los creía no ménos que inmortales: triste, pero muy frecuente achaque de talentos superiores. Tan mala suerte cupo á este conato de imitación de Shakspeare, que á la sazón era escuela, moda ó monomanía, si se recuerda el curioso manifiesto *La Shaksperomantía* que publicó Cristian Grabbe, no obstante su poco limpia historia en el asunto, en que recomendaba el estudio del teatro griego é imitación de la Melpómene francesa.

Estos dramas de Enrique Heine, que, á pesar

de todo, merecen bastante aprecio á publicistas muy doctos, vieron la luz pública en 1823, formando un tomo de poesías que intercalaba entre las dos tragedias un poemita lírico titulado *Intermezzo*, joya de inestimable precio, modelo y monumento del arte subjetivo en nuestra edad. El asunto de esta série de brevísimas canciones entrometida, cual si el autor quisiera contrarrestar con estas el mal efecto de aquellas, no puede ser más comun: es el amor, el amor profano, que amanece risueño como el día y que prorrumpe en lágrimas por la tarde; es la misteriosa esfinge de la pasión humana que con sus besos deleita y con sus garras devora; una jóven que amaba á uno y que se casa con otro: tan natural, tan breve es el asunto que inspira al célebre poeta. «Ni los griegos, opina un crítico, ni los romanos, ni Mínermo, que la antigüedad creía superior á Homero, ni el dulce Tibulo, ni el ardiente Propercio, ni el ingenioso Ovidio, ni Dante con su platonismo, ni Petrarca con sus *concetti*, han escrito nada que se le iguale. Para encontrar algo análogo, habria que remontarse al *Cantar de los Cantares*, á la magnificencia de las inspiraciones de Oriente (1).»

(1) Gérard de Nerval, *Revue des deux mondes*, 15 Setiembre de 1848.

Los *Reisebilder* ó *Cuadros de viaje* aparecieron desde 1825 hasta 1831 en la ciudad de Hamburgo, no sin costar al poeta una visita á Inglaterra y al pintoresco suelo italiano, en donde halló gran copia de materiales para los cuatro tomos de su obra; la cual, poema de lo real y voz de la democracia, obtuvo un éxito extraordinario. Favorecido por el aura pública, alentado por el suceso, coleccionó entretanto sus poesías, retocando y aún suprimiendo algunas para imprimir el *Libro de los Cantos* (*Buch der Lieder*), que se publicó en 1827, fué leído con avidez por los hamburgueses, propagado entre la juventud universitaria y extendido por toda Alemania con general aplauso.

Estas dos producciones vienen á dar idea de la revolucion que amaga á las letras alemanas bajo la iniciativa de Heine. Comienza, pues, el *Libro de los Cantos* con elegías amorosas, cuyo acento es á veces delicado y tierno como la voz infantil, potente á veces como el trueno. Siguen las baladas *Don Ramiro*, *Los Granaderos*, *Los dos hermanos*, cuyo perfume poético no se hallaria sino en los versos de la juventud de Goethe, y á continuación destaca el *Intermezzo*, que es sin duda la primera inspiracion del libro; mas le sucede otra série no ménos caprichosa y extraordinaria, como lo es el *Regreso* (*Heimkehr*), complemento

digno del *Intermedio*. El *Regreso* es poema de amargura: el poeta, de vuelta de su viaje, ve de nuevo los lugares que presenciaron la malograda historia de su amor, y estalla y desespera; es el reverso del llanto, de la queja sumisa del *Intermedio*. La naturaleza ha perdido el sereno encanto que tuviese: la tempestad, el abismo, lo siniestro, lo sombrío, eso no más le preocupa; mas de imprevisto, ¡cuánta ironía! ¡Qué incisiva! ¡Qué pensamientos tan delicados! Porción de ensueños, de pesimistas delirios, de baladas y aun de leyendas católicas termina, en fin, el *Libro de los Cantos*, que también publica esta otra serie: *La mar del Norte (Nordsee)*, cuyas estrofas, que tienen la grandeza del Océano, revelan á qué alto grado interpretaba el escritor prusiano la poesía del Norte y la tradición del Báltico.

No es posible calcular el efecto producido por este libro en que lo vulgar, lo sublime, lo humano, lo divino, todo estaba mezclado; pero siempre con la magia de un talento lírico inimitable. Un escritor de aquel tiempo ha dicho después de admirar el *Libro de los Cantos*: «Desde el profesor que enseña en el aula hasta el soñador que vaga por el bosque, no había nadie que pudiera permanecer insensible á una poesía de esta naturaleza.»

No causaron por cierto admiración menor los

Cuadros de viaje. Enrique Heine emprende su expedición recreativa, sale de Berlín, recorre montes y valles, visita las cordilleras de Hartz, atraviesa varias comarcas y pisa el suelo toscano, encontrando á cada momento motivo para sus raras inspiraciones. El criterio, la idea dominante en ellas, no es más que la democracia, la adhesión á Francia y el entusiasmo por las grandezas del Consulado y del Imperio, á título de lo cual asesta violentos golpes el teutonismo, perseverante en su marcha regeneradora: de Francia y de Napoleón nadie ha hablado como este libro. Sus páginas revelan maravilloso talento y contienen sobre política reflexiones de tanto alcance que arrebatában la imaginación alemana. Los *Cuadros de viaje* serán tenidos como dechado de inspiración, de estilo y de poesía: la posteridad, agena á esas pasiones que tuercen el raciocinio, coronará la frente del poeta.

Desde 1826 hasta 1830 visitaba Enrique Heine la Italia y la Inglaterra, agregando nuevos cuadros á los ya famosos *Reisebilder*. Entretanto residió en Hamburgo, en Luneburgo, en Magdeburgo y en Munich, donde escribió los *Anales Políticos*, que por entonces no carecían de importancia. En Mayo del 31 se estableció en París, habiendo sido comprendido cuatro años después en las medidas que adoptó la Confederación para

con los miembros de la *Jóven Alemania* (1).

Durante los dos años que siguen á la revolucion de Julio, se encarga de narrar en *La Gaceta de Augsburgo* los acontecimientos de Francia y las luchas de los partidos. Enrique Heine da tréguva á su impaciencia y hasta se opone á los extremos revolucionarios; pero ¡notable contradicción! Su voz retumba con el eco del tribuno: en vano aparece benévolo para Luis Felipe y favorable á un régimen liberal sensato; no es posible, en conclusion, penetrarse de lo que acepta ó rechaza. Estos escritos, coleccionados más tarde bajo el nombre de *Francia ó Estado de la Francia* (Paris-1833), no son clásica historia de aquel período, cosa de no exigir á un humorista que puede ser que buscara disimular con la forma lo que en el fondo hubiese; pero en cambio contienen páginas instructivas que arrojan clara luz sobre la vida pública, revelan al escritor de buen gusto y reproducen fielmente la turbulencia de aquellos años.

Poco más tarde aparecieron los dos tomos *De la Alemania*, que llevan el mismo título que la obra de la espiritual autora de *Corina*. Mada-

(1) El libelo que se le atribuye, publicado en Hamburgo en 1831, se titulaba *Kahldorf ó Cartas sobre la nobleza*, dirigidas al conde M. de Moltke.

me Stael, llevada de generoso entusiasmo, no ve en la pátria de Schiller y de Goethe sino idealismo y poesía: Enrique Heine lo ve todo bajo el prisma de su indomable cólera. Hay que buscar al poeta, no al pensador, no al filósofo, ni al hombre de partido que se ofusca y se enardece. Sin embargo, sobresale en esta obra más de un momento lúcido en que el artista, el crítico ingenioso da á conocer sus dotes, y en que esclarece de una sola plumada monumentos del arte desconocidos. No deja de ser notable el pasaje que trata de Lutero y de las fases de la filosofía alemana desde Kant; pero en cuanto á los juicios que el autor emite sobre escritores de su país, hay bastante osadía y no ménos prevencion. Cuando, en fin, regresa al dominio literario, abundan trozos de ingénio, grata enseñanza y rasgos que enamoran; cuando amaina la invectiva, dibuja en un momento nobles figuras, brillantes caracteres, y áun cuando incurre en inconsecuencias, ¡qué lógica tan poderosa para combatirse él mismo! Su libro *De la Alemania* no pudo ménos de irritar á los alemanes por los ataques propios de esa pluma impenitente (1).

(1) Cierta escritor lo censura en esta obra, entre otras cosas, porque se exhibe mucho á sí mismo y por haber atacado á Augusto Guillermo Schlegel, antiguo amigo del poeta que tuvo en otro tiempo como una de las primeras figuras literarias de su país.

Serviles ó liberales, todos eran objeto de su embestida cuando el furor le cegaba ó cuando, herido por sus contrarios, calmaba su daño hiriendo. Enrique Heine, maltratado como ninguno por la acerba crítica de su tiempo, no acostumbraba á responder de otro modo que con violencias y ultrajes, muy dentro de un carácter que en la polémica estalla y olvida la justicia para con sus rivales. Gerardo Nerval, su consecuente amigo, nota gran diferencia entre su fondo benigno por naturaleza y el de aquellos que zahieren con la pericia y la calma de un verdugo: «Enrique Heine, escribe, adora á los que asesina, vierte bálsamo sobre las heridas que causa y besa sus mordeduras.» Reuniendo al mismo tiempo el ódio y la piedad, la cólera y el cariño, la fuerza y la compasion, no es por cierto el hombre excéptico y descorazonado; es más bien la hechura de las circunstancias. Estas y no otro móvil motivaron su folleto *Sobre Luis Boerne*, aparecido en 1840, en que ataca la memoria del publicista poco despues de su muerte. Acaso fué el escrito que más dañó á Enrique Heine en la opinion de sus contemporáneos (1).

(1) No hay duda; el escritor es mejor que sus escritos; pero llevado á veces de una franqueza semi-salvaje, supremo rasgo de á quien tanto repugna la hipocresía, escribe en un momento

En 1841 compuso el humorista insaciable una fantasía titulada *Atta-Troll*, en que recobra el poeta sus mejores inspiraciones. *Atta-Troll* era un oso arrancado al seno de la familia para bailar en los risueños valles del Pirineo, que rompiendo su cadena volvió á los montes. Rodeado de sus pequeños, los alecciona en el ódio á esa canalla humana y conspira contra la raza, predicando la union, el comunismo, el incendio y todo género de venganzas. El oso muere de un balazo que lo atraviesa; pero en vida, ¡qué discursos! ¡Qué elocuencia! ¡Cómo perora el oso demagogo!... Enrique Heine, al soplo de una musa hermana de la que inspiró á Cervantes, ha legado al porvenir la caricatura de esos *pobres de mal humor* que propagan «la funesta doctrina, como él dice, que

de vengativa fiebre párrafos como el siguiente, hallado en sus *Pensamientos póstumos*: «Tengo, dice, el carácter más pacífico del mundo y desearia bien poco: una casita, un techo de paja, pero buena cama, buena mesa, leche y manteca fresca, flores en la ventana, delante de la puerta algunos árboles, y, si Dios quisiera satisfacerme del todo, me otorgaria la dicha de ver colgando de sus ramas á seis ó siete de mis enemigos. Yo les perdonaria conmovido todo el daño que me hicieron vivos; sí, perdón para el enemigo, pero despues de ahorcarlo.» Esto horroriza á las almas nobles; pero interpreta muy bien los instintos de casi todos los que sufrieron cruelmente en la guerra que en este mundo sostienen unos y otros. El poeta no sueña como otros hombres con víctimas inocentes; pero no perdona á los que tampoco lo perdonaron.

amenaza anonadar la civilización y la humanidad entera.» Esta obra sublime apareció en alemán y en verso, extendiendo su azote al dominio literario como al político. El autor escribe posteriormente que le acusaron de acometer una reacción poética y de ridiculizar en sus páginas las conquistas del progreso: en cuanto al cargo primero, nada ó casi nada expone; en cuanto al segundo, protesta de su adhesión á las ideas que forman la herencia más preciosa de la humanidad y por las que tanto ha luchado y ha sufrido (1). *Atta-Troll*, en fin, es un poema admirable capaz de inmortalizar un nombre: es la obra de un Ariosto alemán, como dijo alguno con justicia.

No se confunda, pues, con los libelos que arroja el campo de la literatura política para enturbiar la fuente de las amenas letras. No faltaban entónces advenedizos que lo invadieran como expresión de reformas que se pedía en Alemania; pero, proscrito el ideal en sus obras, eco no más de la revolución é insignia de batalla, semejante literatura daba al nombre de Enrique Heine un

(1) En el prólogo de *Atta-Troll* declara que no se burla de esas ideas cuando conservan toda su grandeza, sino cuando se visten grosera y torpemente. Su estilo es el romántico, anacronismo que se comprende en una fantasía caprichosa como este «Sueño de una noche de verano.»

lugar separado de aquellos malos rimadores. El escritor que cita el mismo Heine, aquel que cimentaba su orgullo en haber escrito en pró de la buena causa no sabiendo escribir y mereciendo no obstante obsequios de valía, revela cuán postergado era el arte, cuán obtuso el criterio (1).

En 1844 vió la luz el tomo *Nuevas poesías*, colección muy digna del autor del *Libro de los Cantos*. Bajo el nombre de *Nueva Primavera*, contiene un ciclo de estrofas delicadas, tiernas, elegantes de pensamiento y de estilo, cuyo asunto es el amor que despierta con esa estación del año. Más adelante viene la atrevida sátira intitulada *Germania* (cuento de invierno) en que el poeta, que viajó por su país durante algunas semanas, en 1843, ya refiere aventuras ó episodios cómicos, ya maltrata á eminencias, ya se burla de todo sin perdonarse él mismo.

Poco más ó ménos el año en que aparecieron

(1) Poco ántes de aparecer *Atta-Troll*, entre 1835 y 1840, publicó Enrique Heine el *Salon*, una série de misceláneas que encierran bastantes trozos de importancia, á la que pertenece un fragmento titulado *El Rabino de Bacharach*, contemporáneo de sus tragedias, cuyo escrito devoró un incendio ocurrido en casa de su madre, no conservando copia sino de tres capítulos del principio, que son los que el *Salon* publica en el tomo cuarto. Es de creer que su curioso estudio de *Las mujeres de Shakespeare* tenga la fecha del 39.

las *Nuevas poesías*, comenzó á sufrir el poeta los primeros ataques de la enfermedad que desde 1848 lo tuvo postrado en cama y que dió principio con la parálisis del párpado del ojo izquierdo, atacó la vista y acabó por determinar una parálisis completa acompañada de contracción y atrofia de ambas piernas. En 1846, ya enfermo de algun cuidado, se trasladó á los baños de Baréges (Pirineos), en donde escribió tres cartas que se hallan en la coleccion de sus obras. Oyendo el testimonio de un publicista contemporáneo, Enrique Heine era siempre el poeta favorito de esa Alemania en que tanta sensacion produjo, y ninguno de sus compatriotas que á París llegaban de Berlin ó de Francfort, de Viena ó de Munich, dejaba de llamar á la puerta del poeta enfermo ni de informarse al ménos de sus proyectos, de sus ideas, de sus versos, de las inspiraciones que le servian de consuelo. Hablábase de la serenidad con que esperaba la muerte, así como de la firmeza que demostraba en sus agudos tormentos, no faltando quien propalase que habia renegado de la doctrina hegeliana, quien lo creyera nuevamente israelita, ni quien lo hallara propicio á la abjuracion de sus profundos errores. Las inquietudes de algunos, las esperanzas de otros, la curiosidad de todos, viéronse apaciguadas con la lectura del *Romancero*, nueva aparicion extraña en que el

poeta no abdica de su musa chispeante ni retrocede en mérito.

El *Romancero* oculta, sin embargo, una tendencia reconciliadora: el autor de los *Cuadros de viaje*, de *Atta-Troll* y de *Germania*, confeso de sus muchas sinrazones, procura hacerse amigo de Dios y de los hombres. En el prólogo de esta obra, escrita en 1851, se despide el poeta de sus lectores de siempre, y en cuanto á religion, escribe de este modo:

«He vuelto á Dios como el hijo pródigo, despues de haber guardado puercos con los de la escuela de Hégel. ¿He sido arrastrado por la miseria? No, por un motivo ménos miserable. La enfermedad del país, la enfermedad del cielo se apoderó de mi alma para llevarme, atravesando montes y barrancos, á las cumbres más resbaladizas de la dialéctica.

»Encontréme en el camino al Dios del panteísmo, al que no he podido habituarme: este pobre ente quimérico está mezclado en el tejido del universo, ha nacido en la materia, en la materia está aprisionado, y desde allí, sin fuerza, sin voluntad, nos mira bostezando. Para tener voluntad hay que ser una persona, y para que aquella se manifieste, es necesario libertad completa. Quien aspire, pues, á un Dios que pueda socorrernos, que es lo que importa, debe admitir un Dios personal superior al mundo y dotado de los santos atributos, de bondad, justicia y sabiduría infinitas.»

Bien es cierto que existen contradicciones en el contexto del libro, resabios del panteísta, puede

ser que tibieza de convicción; pero sépase al ménos: el poeta de lucha, el escritor de fibra, el discípulo de Hégel, el tribuno de Dusseldorf, el incorregible humorista moribundo, ha pronunciado la palabra santa, la palabra verdadera, la palabra eterna.

La primera parte del *Romancero* se titula *Historias*, colección de baladas, de romances y de poemas pequeños que se remontan á diferentes edades, cuyo asunto se refiere hasta á muy lejanos y aun primitivos países y en que el autor parece que, evocando tales cuadros y tan distintas figuras, trata de hacer un bosquejo del movimiento confuso de la historia humana. El segundo libro se llama *Lamentaciones*, dentro del cual se encuentra el *Libro de Lázaro*, escrito en 1854; en el *Libro de Lázaro* aparecen sueños, reminiscencias, burlas y aun epigramas; pero sueños calenturientos, reminiscencias crueles, burlas desesperadas y epigramas que revelan el delirio del sufrimiento. El enfermo discurre por cielo y tierra sobre el destino del mundo, sobre el destino del hombre; la duda le conturba, los deleites del mundo le enamoran todavía al través de lo imposible; la risa enjuga su llanto y la sátira le consuela cara á cara ante la muerte. Termina, en fin, el *Romancero*, esta obra postrera del malogrado ingenio, con las *Melodías hebraicas*, llenas

de inspiración y de entusiasmo poético, y en que en vano piensan muchos que se halla el verdadero pensamiento del escritor prusiano.

Ya Enrique Heine estaba encadenado al lecho por sufrimientos horribles. Durante su larga y lastimera agonía conservó su facundia y casi la misma jovialidad que cuando escribiera el *Sueño de una noche de verano* (1). Entretenido en revisar con esmero la edición francesa de sus obras, cuya versión dirigía, continuaba en contacto de muchos hombres de letras, de amigos y admiradores que, anhelando percibir los ecos del ruiseñor moribundo, ya le brindaban pasto á su inagotable vena, ya le ofrecían consuelos, ya persuasiones fundadas de ordinario en frases de sus mismas obras ó en la memoria de mejores tiempos. «¡Aristófanes se muere!» exclamaba llorando Stahr, el publicista severo; Beranger, el poeta del pueblo, le visitaba; Saint-René Taillandier, su consecuente amigo, los escritores de más renombre, los viajeros de allende el Rhin, todos iban á verlo, á oírle y conservar sus palabras

(1) Cuéntase que una vez, conducido en brazos de su enfermera á tiempo que penetraba un amigo en su habitación preguntando por su salud, le respondió de este modo: «No muy mal, querido mío; pues, como ves, siempre estoy mimado por las mujeres.» El poeta, luchando con la muerte, hallaba su refugio en la ironía, síntesis de su vida pública.

como reliquia de recordacion eterna. La muerte puso fin á sus dolores en la mañana del 17 de Febrero de 1856.

«Llegamos ante la tumba del poeta, dice un escritor visitando el cementerio *Montmartre*. Una losa rectangular, rodeada de una sencilla verja de hierro por tres lados, con otra losa de mármol que se levanta sobre el cuarto, el nombre del autor del *Intermezzo* por toda inscripcion, un sáuce que dobla sus ramas hasta tocar la tumba, es todo lo que hay en ella. Su sencillez no puede ser mayor; pero en cambio, el solo nombre de Heine, ¡cuánta grandeza le presta! (1)»

Ha sido, pues, el malogrado ingénio un poeta lírico, personal, apasionado, en quien era la pasión especie de sufrimiento, pero del cual se ven-gaba por medio de la ironía: asociaba el universo entero á su emocion y animaba á todos los objetos de la naturaleza para ver en ellos potencias favorables ó funestas, amigos ó enemigos, ángeles ó mónstruos. Maestro de la forma y cuidadoso del habla con escrúpulo, poseia en sumo grado el sentimiento del estilo, siendo el suyo de ordinario el período griego, sencillo, fácil, armonioso y elegante (2). Prusia lo vió nacer; pero su pátria,

(1) *Museo Universal*, 18 de Enero de 1868. Posteriormente hemos leído en periódicos extranjeros que sus restos han sido trasladados á la ciudad de Hamburgo.

(2) Heine escribió sus obras en alemán, á pesar de que algu-

la pátria adoptiva de su pensamiento era Francia: en Francia se inspiró su idea política y social, vió la mitad del tiempo, contrajo matrimonio y se enterró su cadáver. Fué pobre y laborioso (1). Cantando la ruina de la Alemania antigua, reveló á su país en risueño estilo muchos vicios, muchas miserias; pero abusando de su valía, profanando los santuarios de la conciencia humana, la historia habrá de juzgarle, como pensador pigmeo, gigante como poeta (2).

na apareciera al mismo tiempo en francés; pero nunca escribió en este idioma. Sabia apreciar de una manera maestra los secretos, los detalles, las menores sutilezas; mas nunca le fué posible la construcción de una frase en idioma francés que no oliese á germanismo.

(1) Sus enemigos lo acusan de haber puesto su pluma al servicio de Luis Felipe: dicen que desde 1836 hasta 1848 obtuvo una pensión respetable; circunstancia desconocida hasta que fué derribado el gobierno de Julio por la revolución de Febrero de 1848. La noticia no parece verosímil, dado el lenguaje usado por el corresponsal de la *Gaceta de Augsburgo*.

(2) Fuentes bibliográficas.—*Mouvement littéraire de l'Allemagne, Revue de Paris*, 1.º de Abril de 1865.—*Dictionnaire biographique—Histoire littéraire de l'Allemagne*, por J. Schmidt.—*Ecrivains et poètes modernes*, por Saint-René Taillandier, París, 1861.—*Feuilles pour la conversation littéraire*, por Margraff.—*Annales de Halle*, por Ruge.—*Histoire de l'Allemagne*, por Hillebrand.—*Dictionnaire de la conversation et de la lecture*.